

En los superiores, ni aun con esta limitacion admito alguna particularidad respecto de sus compatriotas, por las razones siguientes: la primera, porque sin un perfecto desprendimiento de esta pasion, apénas puede evitarse el riesgo de pasar, en una ocasion ó en otra, de la gracia á la injusticia. La segunda, porque de cualquier modo que se limite el favor á los paisanos, ya se incurre en la acepcion de personas, que deben huir todos los que gobiernan. La tercera, porque como los superiores verdaderamente son padres, la razon de hijos en los súbditos, como circunstancia incomparablemente más poderosa para el afecto, sofoca á otros cualesquiera motivos de inclinacion, exceptuando únicamente la ventaja del mérito. Sería cosa ridicula en un padre querer más á un hijo que á otro, sólo porque aquel hubiese nacido en su propio lugar, y á este le pariese su madre estando ausente á alguna peregrinacion. Por tanto, todos los que gobiernan deben tener siempre en la memoria y en el corazon aquella máxima de la famosa reina de Cartago, que en la esperanza de que por medio del matrimonio con Enéas se agregasen los advenedizos troyanos á sus compatriotas los tirtos, preparaba con perfecta igualdad el afecto de reina á unos y otros:

Tros, tyriusque mihi nullo discrimine agetur.

§ IX.

Habiendo hablado aquí del favor que se puede prestar al paisano, en concurrencia de igual mérito con el forastero, me pareció tocar con esta ocasion un punto moral de frecuente ocurrencia en la práctica, y en que he visto comunisimamente errar á hombres por otra parte no ignoantes. Los que tienen á su cargo la distribucion de empleos honoríficos ó útiles, si no tienen perfecto conocimiento del mérito de los pretendientes, suelen valerse de informes, ó judiciales ó extrajudiciales. Es el caso ordinario en la provision de cátedras que hace el Rey ó su supremo Consejo para muchas universidades. En esta de Oviedo informan promiscuamente todos los doctores al real Consejo para todas las cátedras de las facultades que en ella se enseñan. Supongo que el que con autoridad, ó propia ó delegada, hace la provision, propuestos dos sujetos de igual aptitud y mérito, puede elegir al que quisiere. La duda sólo puede estar de parte de los informantes; y en éstos he visto por lo comun el error de que entre sujetos iguales pueden aplicar la gracia del informe al que fuere más de su agrado, graduándole en mejor lugar que al otro concurrente, ó proponiéndole como único acreedor á la cátedra vacante.

Llámoles error, porque, en mi sentir, carece de toda probabilidad. Lo cual se demostrará descubriendo las malicias que envuelve en su accion el que entre dos sujetos iguales, Pedro y Juan verbi gracia, informa con preferencia por Pedro; porque yo hallo en ella, no una sola, sino tres distintas, y todas tres graves. Lo primero, falta gravemente en el informe á la virtud de legalidad, la cual le obliga á proponer los sujetos segun

el grado de su mérito, y éste le altera, pues representa á Pedro como superior á Juan, no siéndolo en la realidad. Lo segundo, comete pecado de injusticia contra el Príncipe, usurpándole ó preocupándole el derecho que tiene para elegir entre Pedro y Juan. Lo tercero, comete tambien pecado de injusticia contra el mismo Juan, el cual es acreedor á que se represente su mérito segun el grado que tiene, y es manifiesta injuria proponerle como inferior á Pedro, siendo igual; lo cual, sobre poderle perjudicar para otros efectos, le hace el daño de imposibilitarle la gracia que acaso le haria el Príncipe, eligiéndole en competencia de Pedro. El padre Andrés Mendo (*), en su tomo *De jure academico*, toca este punto y es de nuestro sentir; aunque está algo diminuto en la prueba, porque no hizo reflexion sino sobre este último perjuicio que acabamos de proponer.

De aquí se colige que nunca puede llegar el caso de hacer gracia alguna el informante á aquel por quien informa, ni en la materia expresada, ni en otra, ni en informe judicial ni extrajudicial; porque entre sujetos iguales hemos visto que no cabe; y si son desiguales, por sí mismo es patente. Por consiguiente, para quien obra con conciencia son totalmente inútiles las recomendaciones de la amistad, del paisanismo, del agradecimiento, de la alianza de escuela, religion ó colegio, ú otras cualesquiera. Pero la lástima es que en la práctica se palpa la eficacia de estas recomendaciones, aun en desigualdad de méritos, por cuyo motivo, llegando el caso de una oposicion, más trabajan los concurrentes en buscar padrinos que en estudiar cuestiones, y más se revuelven las conexiones de los votantes que los libros de la facultad. Llega á tanto el abuso, que á veces se trata como culpa el obrar rectamente. Si el votante, solicitado de alguna persona de especial estimacion, le responde con desengaño, se dice que es un hombre duro, inurbano y de ninguna policia: si no se dobla al ruego del bienhechor, se queja éste de que es ingrato; si no se rinde á la interposicion del amigo, se clama que falta á la deuda de la amistad. En fin (no puede haber más intolerable error), he visto más de diez veces muy preconizados por hombres de bien aquellos que siempre sujetan sus votos á estos ú otros temporales respetos. Aquí de la razon. ¿Hay algun amigo tan bueno ni tan grande como Dios? Hay algun bienhechor á quien debamos tanto como á Él? Pues ¿cómo es esto? ¿Es atento, es honrado, es hombre de bien el que falta al mayor amigo, al bienhechor máximo, que es Dios, obrando injustamente por una criatura á quien debe este ó aquel limitado respeto, y á quien no debe cosa alguna que no se la deba á Dios principalisimamente? En vano he representado estas consideraciones en varias conversaciones privadas. Creo que tambien en vano las saco ahora al público. Mas, si no aprovecharen para enmienda del abuso, sirvan siquiera para desahogo de mi dolor.

(*) Habíendole llamado Jerónimo, lo rectificó en la última edicion por medio de una nota. El padre Andrés Mendo fué un jesuita, catedrático de Salamanca en el siglo xvii. (V. F.)

VALOR DE LA NATURALEZA É INFLUJO DE LA SANGRE.

§ I.

Un gran bien haria á los nobles quien pudiese separar la nobleza de la vanidad. Casi es tan difícil encontrar aquella gloria despegada de este vicio, como hallar en las minas plata sin mezcla de tierra. Es el resplandor de los mayores una llama que produce mucho humo en los descendientes. De nada se debe hacer ménos vanidad, y de nada se hace más. En vano las mejores plumas de todos los siglos, tanto sagradas como profanas, se empeñaron en persuadir que no hay orgullo más mal fundado que el que se arregla por el nacimiento. El mundo va adelante con su error. No hay lisonja más bien admitida que aquella que engrandece la prosapia. Apénas hay tampoco otra más trascendente. Léanse las dedicatorias de los libros, donde la adulacion por lo comun rige la pluma; rara se hallará donde se omita el capítulo de nobleza, y es que se sabe, que raro hombre hay tan modesto ó tan desengañado, que no reciba con gratitud este elogio.

De aquí vienen aquellas disparatadas genealogías fabricadas por algunos aduladores en obsequio de los poderosos, cuyo favor pretenden. Basilio el Primero, emperador del Oriente, era de nacimiento obscuro. El patriarca Focio, viéndose caído de su gracia, volvió á recobrarla formando una série genealógica, en que le hacia descender de Tiridates, rey de Armenia, ocho siglos anterior á Basilio. La descendencia que Abraham Bzovio da al papa Silvestro II, de Temeno, rey de Argos, que floreció más de mil años ántes de Cristo y dos mil ántes del mismo Silvestro, es de creer que no la fraguó el mismo Bzovio, sino que la halló en algunos papeles, escritos, en vida de aquel papa, por los que querian lisonjearle. Rodrigo Plaberti escribió poco há una *Historia de las cosas de Irlanda*, donde á la familia de los reyes de Inglaterra da dos mil y setecientos años de antigüedad en la posesion del trono.

No hay origen más dudoso que el de la augusta casa de Austria, en pasando dos generaciones más arriba de Rodulfo, conde de Ausburg. Llegando al abuelo de este príncipe, se hallan los historiadores más linceos en densísimas tinieblas, de modo que no saben hácia dónde tomar; aun el mismo abuelo de Rodulfo no está fuera de toda contestacion. Sin embargo, no han faltado escritores españoles que, siguiendo la serie de sus ascendientes, llegan, sin topar en barras, á las ruinas de Troya. Más adelante pasó Peñafel de Contreras, autor granadino, el cual, segun refiere Mota la Vayer, tejó una série genealógica de ciento y diez y ocho sucesiones desde Adan hasta Felipe III, rey de España; y porque el duque de Lerma, valido á la sazón, no quedase ménos obligado á su pluma, formó otra de ciento y veinte y una desde Adan hasta dicho duque, enlazando al soberano y al valido en Tros, rey de Troya, bisabuelo de Priamo y Enéas, por medio de sus dos hijos Ilo y Axaraco,

de uno de los cuales hacia descender al Rey, y de otro al Duque.

No han faltado en otras naciones quienes adulasen con el mismo exceso á sus príncipes. Juan Meseno estampó la sucesion de los reyes de Suecia, sin interrupcion alguna, desde el primer padre del género humano; y Guillermo Slatyer hizo otro tanto en obsequio de Jacobo I, rey de Inglaterra.

Verdaderamente que tanto incienso hiede aun al mismo ídolo para quien se exhala. Por eso Vespasiano despreció á unos aduladores que le encontraban en Hércules; y el cardenal Macerini hizo gran mofa de otro que le buscaba su origen en Tito Geganio Macerino y Próculo Geganio Macerino, antiquísimos cónsules romanos. Así pierden la lisonja los que la vierten sin medida.

Volviendo al asunto, repito que de ninguna prerogativa se debe hacer ménos jactancia que de la nobleza. Otro cualquier atributo es propio de la persona; éste forastero. La nobleza es pura denominacion extrínseca, y si se quiere hacer intrínseca, será ente de razon. La virtud de nuestros mayores fué suya, no es nuestra. En esta sentencia compendió Ovidio cuanto se puede decir sobre el asunto.

*Nam genus, et proavos, et que non fecimus ipsi
Vix ea nostra voco.*

Es verdad que en alguna manera nos ilustra la excelencia de los progenitores; pero nos ilustra como el sol á la luna, descubriendo nuestras manchas si degeneramos. En algunos escudos de armas he visto puestas por timbre unas estrellas. El que ganó este blason le ostentaba con justicia, porque, á manera de estrella, brillaba con luz propia. En muchos de los sucesores debian quitarse las estrellas y substituirse por ellas una luna, para denotar que sólo resplandecen, como este astro, con luz ajena. Galante y magnífico en extremo me ha parecido siempre aquel elogio que Veleyo Patérculo dió á Ciceron: *Per hæc tempora Marcus Cicero, qui omnia incrementa sua sibi debuit, vir nobilitatis nobilissimæ, etc.* Debióse Ciceron á sí mismo toda su fortuna, porque siendo de obscura familia, sin otro apoyo que el de sus propias prendas, ascendió á los primeros honores de Roma. Más quisiera que se dijera esto, y aun mucho ménos de mí, que el que me creyesen todos los hombres descendiente por línea recta de Augusto César.

§ II.

Pero no es razon detenerme en un lugar tan comun, y sobre que están escritas tantas y tan bellas cosas, que lo más que yo podria hacer, sería añadir una nueva fuentequilla al Occéano ó una pequeña piedra al monton de Mercurio. Mi intento sólo es desterrar un error vulgar que hay en esta materia, y que fomenta mucho su fantasía á la gente de calidad.

Dícese comunmente, que la buena ó mala sangre tiene su oculto influjo en pensamientos y acciones; que así como según la naturaleza de la semilla sale el árbol, ó según la del árbol el fruto, así tales son por lo común los hombres cual es la estirpe de donde vienen, y en sus operaciones copian las costumbres de sus ascendientes. Esta preocupacion á favor de la nobleza es tan general en el vulgo, que hay en el lenguaje ordinario diferentes adagios para explicarla, y á cada paso, al oírse alguna torpe accion de un hombre bien nacido se dice, que no obra como quien es; como, por el contrario, si se cuenta de un hombre humilde se dice, que de sus obligaciones no podia esperarse otra cosa.

Si ello fuese así, muy de justicia se le tributaria á la nobleza la estimacion que goza; pero bien léjos de eso, apenas otro algun juicio errado tiene contra sí tantos y tan evidentes testimonios como este. ¿En qué teatro no se está viendo á cada paso lo que un tiempo en el de Roma: un Ciceron, de extraccion obscura, ennobeciéndose á sí y á su patria con acciones ilustres, enfrente de un Catilina, nobilísimo, que se mancha y la mancha con torpezas y alevosías? ¿O lo que en el de Atenas: un Sócrates, hijo de un herrero, lleno de virtudes, delante de un Critias, mal discípulo de tan gran maestro y mal descendiente de un hermano de Solon, á quien ni la nobleza ni la filosofía estorbaron ser un monstruoso conjunto de abominables vicios?

Muy notable es lo que dice Plutarco de los reyes sucesores de aquellos capitanes entre quienes dividió Alejandro su imperio. ¿Qué progenitores más ilustres que aquellos héroes, á quienes debió en gran parte el Macedon tantas gloriosas conquistas? Pues todos los descendientes de esos generosos caudillos, dice Plutarco, fueron de ruines y perversas costumbres. ¿Todos? Todos, sin reservar alguno: *Omnes parricidii et incestis libidinibus infames fuere*. Tomad, en vista de esto, la nobleza por fiadora de la virtud.

La reflexion de Elio Sparciano áun es mucho más fuerte. Dice este escritor, que echando los ojos por las historias, ve claramente, que casi ninguno de los hombres grandes que tuvo el mundo, dejó hijo que fuese digno sucesor suyo, esto es, bueno y útil á la república: *Et reputanti mihi, neminem prope magnorum virorum optimum et utilem filium reliquisse, satis liquet* (1).

No hay duda que á cada paso se encuentran en las historias malos hijos de buenos padres. Germanico es tan generosamente desinteresado, que rehusa el imperio ofrecido por el ejército, y su hija Agripina tan protervamente ambiciosa, que sacrifica el pudor, y áun la vida, á la ánsia de dominar. Octaviano es modesto y recatado, sobre otras muchas excelentes cualidades; su hija Julia escandaliza á Roma con sus desenvolturas. Ciceron, por cualquier parte que se mire, es un genio elevadísimo; su hijo, sólo en el nombre parecido al padre, es torpe, estúpido y sin otra habilidad que la de beber mucho vino. Quinto Hortensio compite á Ciceron en la elocuencia, en la habilidad política y en el celo

(1) SPARTIANUS, *In vita Severi*.

por la patria; su hijo se desvia tanto de sus huellas, que está á peligro de ser desheredado, y siendo tan malo el hijo, áun sale peor el nieto. Septimio Severo, á la reserva de su nimio rigor, es un príncipe cumplido; su hijo, Antonino Caracalla, ni merece ser príncipe ni ser hombre. Al prudente y sabio Marco Aurelio sucede el brutal y desenfrenado Comodo; al glorioso Constantino, el indigno Constancio; al magnánimo Teodosio, los apocados Arcadio y Honorio. Empero querer hacer regla general sobre estos y otros ejemplos, es dar mucho viento á la pluma.

Lo que con certeza se puede asegurar es, que el parentesco en la sangre no induce parentesco en las costumbres. Esta verdad se prueba invenciblemente con la semejanza que frecuentemente ocurre entre hermanos. Si los hijos de un padre fueran semejantes á él, fueran tambien semejantes entre sí. ¿Cómo, pues, á cada paso se observan tan diversos? Uno es esforzado, otro tímido; uno liberal, otro avariento; uno ingenioso, otro rudo; uno travieso, otro reportado, y así en todo lo demas.

§ III.

De esta alternacion de defectos y virtudes en una misma sangre nos da un ilustre ejemplo la familia Antonia, famosa en la antigua Roma. Marco Antonio, llamado el Orador, se puede decir que fué quien levantó esta casa; pues si bien que la familia Antonia ya era conocida en los primeros siglos de Roma, se habia dividido en dos ramas: la una que se llamaba patricia, y se extinguió; la otra plebeya (aunque se ignora por qué accidente habia perdido su esplendor antiguo), de la cual nació Marco Antonio. Éste, siendo de extraccion humilde, por sus raras y excelentes cualidades fué elevado á los primeros cargos de la república, y los ejerció gloriosamente; pero dos hijos que tuvo Marco Antonio, llamados el Cretico y Cayo Antonio, degeneraron enteramente de las virtudes de su gran padre; hombres sin virtud, sin conducta, sin valor. A Marco Antonio el Cretico sucedió Marco Antonio el Triunvir, en quien se aumentaron los vicios de su padre, aunque heredó parte del valor del abuelo, pues fué buen soldado y no mal político, pero gloton, borracho y lascivo, y este último defecto le hizo sacrificar su fortuna y su vida á la hermosura de la deshonesta Cleopatra. De tan mal padre nació una admirable hija, la sabia, bella, púdica, prudente y valerosa Antonia. Esta gran mujer (que fué sin duda en su tiempo el mayor ornamento de Roma) tuvo dos hijos y una hija, que discreparon tanto en genios y costumbres, como si fuese la sangre y la educacion extremadamente diversa. El mayor, que fué Germanico, salió un príncipe cabalísimo, discreto, dulce, generoso, valiente, moderado. Claudio, que despues fué emperador, desdijo tanto, á causa de su estupidez, del hermano y de la madre, que ésta solia decir, que su hijo Claudio era un mons ruo, que la naturaleza habia empezado á hacer hombre y no habia acabado. Livilla, hermana de los dos, fué otra especie de monstruo, pues la convencieron de adúltera y homicida de su marido. Mas la semejanza que hasta ahora se observó entre los individuos

de esta familia, siendo tan grande, se puede decir lévima en comparacion de la que hubo entre Germanico y su hijo Calígula. El padre fué las delicias de Roma, el hijo el horror del mundo. Aquel un complejo hermoso de virtudes y gracias, éste un epílogo de abominaciones; en fin, tal, que de él se dijo, que la naturaleza le habia producido á fin de mostrar hasta dónde podia avanzarse el hombre por el camino de la perversidad. He puesto á los ojos la insigne desigualdad que en índole y costumbres hubo entre los individuos de la familia Antonia, para que se vea que el influjo ó ejemplo de los padres es mal fiador para conjeturar cuáles serán los hijos. Si se hiciese la misma análisis de otras familias, se hallaria la misma desigualdad, con corta diferencia.

§ IV.

No ignora el argumento que se puede hacer á favor de la opinion vulgar. Diráseme que las costumbres por lo común siguen al genio, y el genio al temperamento. Como, pues, el temperamento se comunica de padres á hijos, por lo cual vemos heredarse algunas enfermedades, es consiguiente que mediatamente se comuniquen genio y costumbres.

Empero este argumento flaquea por muchas partes. Lo primero, porque la comixtion de los dos sexos, inexcusable en la generacion, suele hacer que en los hijos resulte un temperamento tercero desemejante al del padre y al de la madre. Lo segundo, porque no es de creer que la materia seminal sea en todas sus partes homogénea, y á este principio pienso se debe atribuir principalmente la notable desemejanza que hay entre algunos hermanos. Lo tercero, porque en el temperamento influyen muchos principios diferentes: la accidental disposicion de los padres al tiempo de la generacion, los varios afectos de la madre durante la formacion del feto, las alteraciones de la atmósfera en ese mismo período, el alimento de la infancia, y otras muchas cosas.

De aquí colijo que es en sumo grado falible y carece de toda probabilidad aquel pronóstico vulgar de la breve ó larga vida de los hijos, en atencion á lo mucho ó poco que vivieron los padres; porque por todos los principios señalados puede, ó viciarse ó corregirse el temperamento de los padres en los hijos, y así se ven cada dia hijos sanos de padres enfermos, é hijos enfermos de padres sanos. Es verdad que hay algunas dolencias, las cuales tienen el carácter de hereditarias, lo cual juzgo que depende de que el vicio que las origina es común á toda la materia seminal; pero esto es propio de muy pocas enfermedades, y ni áun de esas es tan propio, que no falsee muchas veces. Mi padre fué gotoso, y ni yo lo soy, ni alguno de mis hermanos lo es (1).

(1) Mis padres y mis cuatro abuelos todos fueron de corta vida. Con todo, yo (gracias á nuestro Señor) voy, cuando escribo esto, pasando de sesenta y dos á sesenta y tres años, sin notable decadencia en las fuerzas corporales.

Diránme, que uno ú otro accidente no prueba, que por lo común no se verifique, que á la breve ó larga vida de los padres corresponde la de los hijos. Contra esta respuesta están las ra-

zónes con que en el citado número y en el antecedente probamos, que aquella regla carece de todo fundamento en buena filosofía. Pero vaya, para mayor abundamiento, otra experiencia, á que no se puede responder con que es accidente, porque comprende á todos los individuos de una especie. Los mulos, que son hijos de burro y yegua, son de más larga vida que el padre y la madre.

§ V.

Aquí concluyera yo este discurso si sólo los nobles hubiesen de leerle. Mas como mi intento sea curar en los nobles la vanidad, sin eximir los humildes de la veneracion, es preciso ocurrir al inconveniente que por esta parte puede resultar; pues aunque es justo que la nobleza no se engria, es debido que la plebe la respete.

Por fuertes que sean las razones que hasta ahora hemos alegado contra el valor de la nobleza, no puede negarse, que la autoridad que la favorece tiene más fuerza que todos nuestros argumentos. Cuantas naciones cultas y bien disciplinadas tiene el mundo estiman esta prerogativa; lo que es poco ménos que un consentimiento general de todos los hombres, y una opinion universal, ó sale de la esfera de opinion, ó aunque no salga, debe prevalecer contra todo lo que no es evidencia.

«La vanidad (dice la famosa Madalena Escuderi en el tomo iv de su *Ciro*) que se saca solamente de los progenitores no es bien fundada; mas con todo, esta ilustrada quimera, que tan dulcemente lisonjea el corazón de todos los hombres, está tan universalmente establecida en el mundo, que no puede ménos de hacerse consideracion de ella.» Es cierto que en muchas cosas el uso común nos arrastra contra la razon; pero en otras la misma razon manda seguir el uso común, y este es el caso en que estamos.

Es verdad que me queda la duda de si esta estimacion común de la nobleza le ha venido por sí misma, ó por un adjunto suyo, que es el poder. Comunmente

Los nobles son ricos, y puede dudarse si el culto que presta el mundo á este ídolo que se llama *Nobleza*, se introdujo por la representacion que tiene, ó por el oro de que consta. Lo que se ve es, que los nobles que descaen en el poder, al mismo paso descaen en la estimacion; y aunque siempre les queda alguna, ¿quién sabe si esta depende del oculto influjo de su generosa estirpe, ó del hábito comun que en nosotros reside de apreciarla? Puede ser tambien que el noble reducido de la opulencia á la mendiguez, sólo se venere como reliquia del ídolo que se adoró ántes.

Por este motivo es preciso buscar fundamento más sólido para asegurar á la nobleza la estimacion que goza, y le hay sin duda en la razon, aun prescindiendo de toda autoridad. Es máxima constante en la ética, que á toda excelencia se debe algún honor; habiendo, pues, ya el consentimiento de los hombres, ya la estimacion de los príncipes, ya los privilegios que les conceden las leyes, colocado á los nobles en cierto grado de superioridad respecto de los que no lo son, se debe reputar la nobleza por un género de excelencia, á quien, por consiguiente, se debe el obsequio del honor.

Donde se debe advertir, que esta deuda no se estorba por la incertidumbre, que puede haber en orden al origen de los que tenemos por nobles. La razon es, porque la comun existimacion basta para colocarlos en aquel grado de superioridad, y no podemos pedir mayor exámen de su descendencia para venerarlos, que las leyes piden para favorecerlos. Raro hombre hay que tenga certeza física de quién es su padre, sin que esto obste á la indispensable obligacion de reverenciar á aquel, que en la comun existimacion es tenido por tal.

Esta deuda de veneracion á la nobleza se debe entender reservando en todo caso á la virtud el lugar que le toca, la cual, segun doctrina constante de Aristóteles y santo Tomas, es mucho más digna de honor que la nobleza. Por tanto, mucho más se debe honrar (aun con este honor extrínseco y civil, que es del que hablan aquellos dos grandes maestros de la ética) al plebeyo virtuoso, que al noble que carece de virtud. Nuestro cardenal Aguirre, explicando al filósofo en el capítulo III del libro IV de los *Éticos*, añade, que el noble vicioso es indigno de todo honor y respeto; á cuyo dictámen me conformo, porque es consiguiente á una máxima del angélico doctor, el cual (1), habiendo dicho que el honor propia y principalmente sólo se debe á la virtud, asienta, que otras cualidades excelentes inferiores á ella, como son, nobleza, riqueza y poder, sólo son honorables en cuanto conducen ó coadyuvan al ejercicio de la virtud: *Alia vero, quæ sunt infra virtutem, honorantur in quantum coadjuvant ad opera virtutis, sicut nobilitas, potentia et divitiæ*. Si la nobleza, pues, no coadyuva á la virtud, ántes fomentando la vanidad, ó alimentando la soberbia, ó prestando su sufragio para otros vicios, la estorba, se constituye totalmente indigna de respeto.

§ VI.

Pero ¿cómo conciliarémos lo que arriba dijimos contra la nobleza con lo que acabamos de alegar á favor (1) 2.º, 2.º, *quest. 145*, artículo 1.

suyo? Fácilmente, diciendo, que esta prerogativa no es laudable, pero es honorable. Los argumentos ántes propuestos le impugnan la laudabilidad; los de ahora le afirman la honorabilidad. Esta es una distincion que señala Aristóteles entre la virtud y todas las demas excelencias que ilustran á los hombres. La virtud, dice, es laudable; la riqueza, la nobleza, el poder, ninguna alabanza merecen, pero son acreedores al honor. De modo, que en la nobleza no hay motivo alguno para que el noble se jacte, pero le hay para que el humilde, ó el que es ménos noble, le reverencie. Con esta distincion todo se compone bien, y se le asegura á la nobleza la estimacion, sin fomentarle la vanidad.

§ VII.

El asunto de este discurso, especialmente por lo que hemos dicho en los párrafos segundo, tercero y cuarto, nos conduce oportunamente á desterrar un error vulgarísimo. Tan encaprichado está el mundo del oculto influjo de la sangre, que quieren que los hijos, en fuerza de él, hereden de los padres, no sólo aquellas pasiones que dependen del temperamento, mas aun la propension á la religion de sus mayores. Aun no ha parado aquí, pues la plebe extiende este influjo á la leche de que se alimentan los niños en la infancia, acreditando esta máxima ridícula con tal cual experimento incierto ó fabuloso; como de alguno, que siendo adulto judaizó, por haberle dado leche una ama judía.

Ningun error más ajeno de toda la verisimilitud. Si se habla de la religion verdadera, no sólo el asenso que presta el entendimiento á sus dogmas, mas tambien la pia afección, que de parte de la voluntad (*) procede aquel asenso, es sobrenatural; por consiguiente, no puede, segun buena teología, ni la sangre, ni el alimento, ni otra cosa natural, tener conexion alguna, ni con el asenso, ni con la pia afección. Esta toda es obra de la divina gracia, para quien no hay ni aun disposicion remota en toda la esfera de naturaleza, y sólo se pueden admitir disposiciones naturales negativas, que únicamente concurren removiendo impedimentos, como el buen entendimiento y buena índole. Pero estas buenas disposiciones, en los que las gozan no dependen de que sus padres hayan profesado la religion verdadera. Si fuese así, todos los católicos tendrían buen entendimiento y buen natural.

El asenso á las religiones falsas no tiene duda que es absolutamente natural, pues no puede ser sobrenatural el error. Con todo, es cierto, que no depende en manera alguna del temperamento ni de la organizacion, que es en lo que pueden influir, ó la semilla paterna, ó el alimento de la infancia. La razon es, porque el dar asenso á un error depende de la representacion objetiva, la cual en diversos temperamentos y organizaciones puede ser una misma, y en temperamentos y organizaciones semejantes, diversa. ¿Qué duda tiene, que en el gran pueblo de Constantinopla hay innumerables hombres desemejantes en estas y otras disposiciones naturales? Sin embargo, todos creen los mismos errores.

(*) Así está impreso; pero yo creo que en el original del padre Feijoo diría: *procede á aquel asenso*. (V. F.)

A quien no redujeren estas razones, convencerá la experiencia de los genizaros. Esta milicia, que es la mejor del imperio otomano, y sirve de guardia al Gran Señor, aunque hoy admite en su cuerpo gente de todas naciones, ántes sólo se componía de cristianos originarios, que en su niñez habian caído en manos de aquellos bárbaros, ya por presa de guerra, ya por via de tributo, que pagaban al Gran Señor los cristianos pobres residentes en sus dominios. Estos soldados, pues, no obstante ser hijos de cristianos y alimentados en la infancia con leche cristiana, tan finamente profesaban el mahometismo como los hijos de los mismos turcos, y en las guerras contra cristianos, bien léjos de detenerlos el brazo el oculto influjo de la sangre y la leche, peleaban, no sé si diga con más valor ó con más furor y rabia que los demas mahometanos.

La misma reflexion se puede hacer en los hijos de los esclavos, que de Africa se conducen á la América para trabajar en las minas y en los ingenios de azúcar, pues aquellos, educados en la religion cristiana, viven alejados de todo pensamiento de volver á la idolatria que profesaron sus mayores.

Lo que tal vez sucede es, que alguno que siendo niño fué instruido en religion distinta de la de sus padres, sabiendo despues, en edad mayor, que estos profesaron otra creencia, se haya movido á seguir sus huellas. Mas esto es claro que no depende de que dentro de las venas tenga alguna semilla de la religion paterna, sino de que el amor y veneracion de sus progenitores le inclina á imitarlos, y yo creo, que por falta de reflexion dejan de ser estos ejemplos más frecuentes; pues á un hombre advertido es natural que le haga más fuerza el ejemplo de los que le dieron el ser, que el de los que le robaron la libertad. Pero tanta es la fuerza de la educacion, de la costumbre y del comercio, que prevalece contra todas las demas atenciones.

§ VIII.

Aquí es tambien ocasion de tocar una queja comunísima entre hidalgos pobres. Dicen estos frecuentemente, que hoy más se estima el dinero que la hidalguía, y mas respetado es el rico que el noble. Esta sentencia apenas le sale de la boca sin que la acompañe un gran gemido, como doliéndose de la corrupcion de estos tiempos, que ha alterado el precio á las cosas.

Muy engañados viven los que piensan que el mundo fué ni será jamas de otro modo. Siempre se hicieron y siempre se harán más expresiones de amor y respeto al rico de origen humilde, que al pobre de estirpe ilustre. Esto lo lleva de su naturaleza la condicion humana. Los hombres, por lo comun, no prestan sus obsequios graciosamente, sino á intereses. Procuran complacer á quien los puede, ó favorecer, ó dañar. La nobleza no es cualidad activa, la riqueza sí. El noble, por noble, no puede hacer bien ni mal; el rico tiene en una mano el rayo de Júpiter, y en otra la cornucopia de Amaltea. Preguntáronle á Simonides cuál era más estimable, la riqueza ó la sabiduría. «Perplejo estoy (respondió), porque veo concurrir muy frecuentes los sabios al cor-

tejo de los poderosos, y no veo que los poderosos cortejan á los sabios.» De modo, que ya en aquellos antiguos tiempos rendian homenaje los sabios á los ricos; ¿qué harían los vulgares? El temor y la esperanza son los dos grandes muelles que mueven el corazon del hombre. El amor desinteresado en muy pocos individuos tiene juego. Hay hoy algunas naciones idólatras que adoran á Dios y al diablo: á Dios, para que los beneficie, al diablo, por que no los dañe. Quien no puede hacer bien ni mal no espere adoraciones. El único y eficazísimo instrumento para beneficiar ó dañar es el dinero; así, los que fueren dueños de él, lo serán tambien del culto comun. El oro es ídolo de los ricos, y los ricos son los ídolos de los pobres. Siempre fué así y siempre será así.

Consuélese, no obstante, los nobles desatendidos con que no son sinceros los cultos que reciben los poderosos. Esos inciensos no se exhalan en el fuego del amor, sino en la hoguera de la concupiscencia. Está desmintiendo el pecho cuanto pronuncia el labio. Dóblase en las sumisiones el cuerpo, sin inclinarse el ánimo. No es obra de la naturaleza, sino invencion del arte, el obsequio. ¿Qué aprecio merecen las adulaciones que articula una lengua esclava vil del interes? No niego que hay poderosos merecedores de su fortuna, y que estos pueden, por el valor intrínseco de sus prendas, ser sincera y cordialmente cortejados por los hombres de bien. Pero estos son los ménos, y la lástima es, que no hay rico alguno á quien la lisonja no haya persuadido, que es uno de aquellos pocos.

Tambien se debe advertir á los hidalgos quejosos, que los ricos, por ricos, son en alguna manera acreedores al respeto que se les tributa. La bendicion del Señor (dice Salomon, en los *Proverbios*) hace á los hombres ricos. De suerte, que la riqueza es dón de Dios, y tal dón, que segun la comun existimacion del mundo, constituye dignos de honor á los que le gozan. Así lo afirma santo Tomas: *Secundum vulgarem opinionem excellentia divitiarum facit hominem dignum honore* (1). La comun existimacion en esta parte funda derecho; y aun cuando aquel juicio sea errado, será menester esperar á que el mundo se desengañe para eximirnos de la deuda. Pero ese desengaño no llegará, salvo que Dios, con su mano poderosa, doble los corazones de los hombres á estimar únicamente la virtud, y si llegase ese dia feliz, tambien la nobleza caería de la estimacion que hoy goza. Cada uno sería estimado por sus obras, y no por las de sus mayores; lo cual sería mucho más útil, sin duda, á la república. ¿Qué bien servida sería esta, y qué buenos ciudadanos tendria, si no hubiese otra senda que la virtud para llegar al logro de la comun estimacion! Pero hoy, que el mérito y aun la fortuna de un individuo hace gloriosa toda una descendencia, como todos los que succeden en aquella línea se hallan al nacer la veneracion pública dentro de casa, son muchos los que se consideran exentos de negociarla por medio de alguna aplicacion honrosa.

De donde infero, que lo que más especiosamente se

(1) 2.º, 2.º, *quest. 45*, artículo 1.

dice á favor de la nobleza, conviene á saber, que es justo premiar en los descendientes la virtud de sus mayores, aunque tiene bello sonido en la teoría, no logra tan buen eco en la práctica. Si sólo la virtud personal se premiase, en una serie de veinte descendientes habria acaso diez ó doce que trabajasen para la gloria. Mas si el primero de esos veinte la gana para todos ellos, sólo se utiliza la república en el primero. Aquel la sirvió, y á los demas sirve ella.

§ IX.

Lo que acabamos de decir no estorba que la nobleza sea preferida para dignidades, puestos y honores, si sólo que estos se les confieran como premio del mérito de sus ascendientes. No me opongo al hecho, sino al motivo. Antes bien soy de sentir, que para ocupaciones honrosas, la misma utilidad pública (este es el motivo que siempre se ha de tener presente, no el de premiar servicios ajenos, que ya están bastantemente compensados) pide que sea preferido el noble al humilde, no sólo en igualdad de virtud (que eso se debe suponer), mas aún cuando el exceso de aquel á este en nacimiento es grande, y el de este á aquel en virtud es corto. Esto por cuatro razones muy considerables.

La primera es evitar la multitud de privilegiados en la república. Si frecuentemente se echa mano de humildes virtuosos y hábiles para los puestos, como de la elevacion de estos resulta la de su posteridad, dentro de uno ó dos siglos se produce una multitud grande de nobles; lo que es extremadamente perjudicial al público, porque á proporcion se minoran los que han de servir á las artes mecánicas y al cultivo de la tierra; minórase tambien la contribucion de los pechos, ó lo que es peor, serán gravados sobre sus fuerzas los que quedan con esa carga.

La segunda, porque en igualdad de puesto es el noble obedecido con más resignacion, prontitud y gusto de los inferiores, que el de humilde extraccion. Esto es de suma importancia en cualquier género de gobierno. ¡Qué turbaciones no ocasiona la repugnancia que los hombres hallan en sufrir la dominacion de aquel á quien ayer vieron con sayal, y hoy ven con púrpura! Unas veces es la obediencia tarda, otras mal ejercitada, otras ninguna. El amor, ó por lo ménos la interior condescendencia de los que sirven al que manda, es extremadamente necesaria para toda especie de negocios. Muchos bellos proyectos se han desvanecido, porque los instrumentos destinados á la ejecucion de los medios, impelidos de oculta ojeriza al superior, deseaban que no tuviesen efecto. A la intolerancia de los súbditos se sigue en el que manda

aborrecimiento respecto de ellos; y en llegando á mirarse estos y aquel reciprocamente como enemigos, no hay desórden ni riesgo que no deba considerarse cercano.

La tercera, porque es mucho más de temer que sea virtud fingida la del humilde que la del noble. El vicio de la hipocresía casi está adjudicado á la estrecha fortuna. Los pobres están precisados á ocultar sus defectos morales, y el recurso trivial que tienen para mejorar de suerte es simular virtudes. Por el contrario, la opulencia y nacimiento ilustre, naturalmente dan desahogo al espíritu. Los nobles comunmente parecen lo que son, porque ni la necesidad ni el temor los precisa á ostentar la virtud que no tienen.

La cuarta y última, porque aún dado por cierto que sea virtud verdadera la del humilde, se debe temer que en su exaltacion la pierda. Son peligrosos todos los saltos grandes de fortuna. Malos son los de arriba abajo, porque despedazan la honra y la hacienda; pero peores los de abajo arriba, porque comunmente destruyen el alma. Todo hombre virtuoso, para ser levantado del polvo á la dignidad, habia de dar fiadores de su perseverancia. Trasládase el alma á otro clima muy diferente y muy enfermizo para las costumbres. Muchos tienen en su temperamento sepultadas las semillas de varios vicios, de modo que se esconden á sus propios ojos, hasta que las hace crecer y brotar la oportunidad de las ocasiones. En raro hombre de baja esfera se nota que sea cruel y soberbio; en raro pobre el que sea avaro. Aquel, bien lejos de ejercitarlos, ni aún siquiera piensa en unos vicios para quienes no tiene materia. Este, ¿cómo ha de poner la mira en lo supérfluo entre tanto que le falta parte de lo preciso? Dale á aquel el mando y á este algo de riqueza, si quieres saber lo que son por esta parte. De hecho estos tres vicios se han notado frecuentemente en los que fueron elevados de humilde á alta fortuna, aunque ántes no diesen muestra alguna ni de estos ni de otros.

Por estas razones soy de sentir que nunca para la dignidad y empleo honroso sea preferido el humilde al noble, salvo que el exceso de aquel en la virtud sea muy grande. Pero en la milicia se debe dar excepcion á esta regla, porque la pericia y el valor, que son las prendas de suprema importancia en aquel ministerio, ni se pierden con el puesto, ni se contrahacen con la hipocresía. Por otra parte, estas dotes para el respeto y obediencia de los súbditos suplen bastantemente el resplandor del origen. Y en fin, un gran guerrero resarce á la república con ventajas el daño que le induce, plantando una nueva estirpe de nobles. Con que están removidos todos los cuatro inconvenientes señalados.

ESPAÑOLES AMERICANOS.

§ I.

Una pluma destinada á impugnar errores comunes, nunca se empleará más bien que cuando la persuasion vulgar, que va á destruir, es perjudicial ó injuriosa á alguna república ó cúmulo de individuos, que hagan cuerpo considerable en ella. Así como es inclinacion de las almas más viles deteriorar la opinion del prójimo, es ocupacion dignísima de genios nobles defender su honor y desvanecer la calumnia.

Habiendo yo tocado en el segundo tomo, discurso xv, número 21, la opinion comun de que los criollos ó hijos de españoles que nacen en la América, así como les amanece más temprano que á los de acá el discurso, tambien pierden el uso de él más temprano, un caballero de ilustre sangre, de alta discrecion, de superior juicio, de inviolable veracidad y de una erudicion verdaderamente portentosa en todo género de noticias (entre tanto que no le nombro, no tendrá en este elogio que reprehender la prudencia ni que morder la envidia), me avisó que esta opinion comun debía comprenderse entre los errores comunes, proponiéndome tan concluyentes pruebas contra ella, que si añado algunas de mi reflexion, noticia y letura, será, no porque aquellas no sobren para el desengaño, sino para dar alguna extension al presente discurso, en el cual pretendo desterrar una opinion tan injuriosa á tantos españoles, algunos de alto mérito, que la transmigracion de sus padres ó abuelos hizo nacer debajo del cielo americano.

Ciertamente que esta materia da motivo para admirar la facilidad con que se introducen los errores populares y la tenacidad con que se mantienen, aún cuando son contrarios á las luces más evidentes. Que en un rincón del mundo, cual es el que yo habito y otros semejantes, donde apenas se ve jamás un español nacido en la América, reine la opinion de que en estos se anticipa la decrepidez á la edad decrepita, no hay que extrañar. Pero que en la córte misma, donde se ven y han visto siempre, desde casi dos siglos á esta parte, criollos que en la edad septuagenaria han mantenido cabal el juicio, subsista el mismo engaño, es cosa de grande admiracion. En este asunto no cabe otra prueba que la experiencia. Ésta está abiertamente declarada contra la comun opinion, como se verá luégo en los ejemplares que alegaré, eligiendo algunos más insignes y omitiendo muchos más que han llegado á mi noticia, y no logran igual lugar en la estimacion pública.

§ II.

Todos los que se siguen son criollos, nacidos en varias partes de la América.

Conocido fué de toda España el ilustrísimo señor don fray Antonio de Monroy, arzobispo de Santiago. Este piadoso, prudente y sabio prelado llegó á la edad nona-

genaria sin la menor decadencia en el juicio. A muchos sugetos que lograron la conversacion de su ilustrísima en los últimos años de su vida, oí celebrarla de docta, amena, discreta, dulce, elocente, y que cuando se tocaba en puntos de gobierno, cuantas máximas vería eran prudentísimas (algunas me refirieron), á que añadía el sainete de algun dicho ó suceso chistoso, con que ilustraba el asunto, deleitando juntamente el oído.

Poco há que murió en la córte, de ochenta y seis años, el señor don José de los Ríos, sirviendo hasta aquella edad su plaza de consejero de Hacienda, con la asistencia y conocimiento que si no tuviese más de cincuenta.

Hoy está en la misma córte el señor marqués de Villarocha, septuagenario, presidente que fué de Panamá, y há cuatro años que vino del mar del Sur por las Filipinas y el cabo de Buena Esperanza á Holanda. Es insigne matemático é instruido en toda buena literatura. Conserva en tan avanzada edad, no sólo una gran entereza y agilidad intelectual, mas tambien un humor muy fresco y una viveza graciosísima.

Hoy es virey de Méjico el señor marqués de Casafuerte, cuya adelantada edad se puede colegir de que há cincuenta años que está sirviendo á su majestad en varios empleos políticos y militares. Este señor, bien lejos de ser notado de que los años le hayan deteriorado el juicio, está sumamente aplaudido por su cristiana y prudente conducta, de modo que es voz comun en Méjico, que no se vió hasta ahora gobierno como el suyo; y en medio de estar padeciendo continuamente, postrado en la cama, los rigores de la gota, incesantemente asiste al despacho.

En los últimos años del señor Carlos II, fué capitán general de la real armada don Pedro Corvete, sin que jamás descaeciese por los años, que eran muchos, de la entereza de genio y hermosura de espíritu que tuvo.

Hoy es inquisidor decano en Toledo el señor Ovalle, que pasa de sesenta años, sin que nadie haya notado ni podido notar menoscabo alguno en su prudencia y conocimiento.

En Lima reside don Pedro de Peralta y Barnuevo, catedrático de prima de matemáticas, ingeniero y cosmógrafo mayor de aquel reino, sugeto de quien no se puede hablar sin admiracion, porque apenas, ni aún apenas, se hallará en toda Europa hombre alguno de superiores talentos y erudicion. Sabe con perfeccion ocho lenguas, y en todas ocho versifica con notable elegancia. Tengo un librito, que poco há compuso, describiendo las honras del señor duque de Parma que se hicieron en Lima. Está bellamente escrito, y hay en él varios versos suyos, harto buenos, en latin, italiano y español. Es profundo matemático, en cuya facultad ó facultades logra altos créditos entre los eruditos de otras naciones, pues ha merecido que la academia real de las Ciencias de Paris estampase en su historia algunas observaciones de eclipses que ha remitido; y el padre Luis